do por tan inesperado ataque, y no pudiendo justi-preciar la importancia del efectivo contrario, las fuerzas conservadoras vacilaron y á pesar de los esfuerzos de sus jefes, no tardaron en debilitarse. Casi al mismo tiempo experimentaron la presión de las columnas que directamente le habían salido al encuentro llevando cuatro piezas de artillería, y las cuales ya le arrollaban á inmediaciones del convento supradicho.

Los que iban á sorprender se creyeron sorprendidos, y, bien pronto.... el Coronel-diputado volvía á la ciudad—¡volvía vencedor, héroe una vez más, y, sobre todo dispuesto, y bien dispuesto, á no continuar aplaudiendo las efusiones oratorias de sus *companeros* en la Cámara de Diputados!

Su protector y paisano D. Benito, que, como antes digimos, le había *adivinado*, procuró complacerle dándole de alta (previo el consentimiento del Congreso), en la división de González Ortega, que á la sazón se disponía á emprender una campaña seria contra el General Márquez. Fué nombrado Mayor de Ordenes de la brigada de Oajaca, y accidentalmente quedó al mando de ella por enfermedad del General Ignacio Mejía.

CAPITULO XIII.

Despues de Calpulalpam.—Don Benito y los Conspiradores.—La Aristocracia.—Tarea de Abnegacion.—Los Clericales.—Sorpresa de Jalatlaco.—Marquez y Zuloaga Derrotados.—Diaz en Peligro.—Auxilio Oportuno.—Presidentes y Caudillos.—Nueva Amenaza.—La Ultima Batalla.—La Gran Presa.—Valor Heroico.—Los Hombres de la Intervension.

Vencidos los conservadores en Calpulálpam, expatriado el más ilustre de sus caudillos, mancillada su causa con crímenes execrables, el fermento revolucionario, sin embargo, lejos estaba aún de sedimentarse. La ciudad de Méjico habíase convertido en un podridero de pasiones malsanas. Conspiraba el clero, los representantes de las naciones extranjeras conspiraban, y conspiraban también los mismos que contribuyeron al triunfo de la Reforma. Ya se comprenderá que los militares en receso, (por la acción sedante de la derrota), no permanecerían ociosos, ni mucho menos. Las altas clases sociales—la aristocracia mejicana—odiaba á Don Benito; odiaba en él, al indio sin pergaminos, al liberal exaltado que en concepto tenía de enemigo irreconciliable y gratuito de la religión católica. Como todos los odios, el profesado por la aristocracia mejicana á Juá-

rez, formábase con dos elementos, es á saber, ignorancia y presunción. Cuando socialmente precisa presumir, siempre se presume lo malo. Pero en esto no hay maldad específica, particular; se presume lo malo, porque es lo que hay arraigado en el fondo de la naturaleza humana; es la costra de la barbarie, de la zaña, de la lucha traidora, de la desconfianza—que fué escudo en las primeras luchas del hombre contra el hombre. La luz, la ciencia que devuelve á las cosas y actos sus perfiles reales, raras veces penetra las densas capas del prejuicio, mucho menos en materia religiosa; si no es mediando un proceso lento, durante el cual la visión primitiva desaparece y se confunde con otra nueva, que le encuentra á medio camino. Por eso es tan abnegada y tan triste la misión del agricultor intelectual, que siembra ideas en los yermos campos de sociedades reacias ó infecundas. ¡Feliz de aquel que terminada la ardua tarea, con el último aliento de su vida, alcanza á recoger la primer gema, fecundada con el calor divino de su genio!.....

El partido clericalista, seguía esperezándose. Sus tentáculos habían alcanzado ya las remotas potencias europeas, en éllas despertando ambiciones ignobles. Dos derrotas habían sufrido sus fuerzas recientemente, que no pasaremos por alto. La primera, la de JALATLACO, fué un nuevo timbre de orgullo para nuestro HEROE, como que en ella, semejante á "la Musa audaz de Píndaro divino," en el poema de Olmedo, se apresura, corre, disputa, gana, y.... "arrebata la palma á sus rivales."

Los detalles de esta acción famosa son bien conocidos.

El héroe de Calpulálpam había abandonado la Capital, al mando de una división de que formaban parte las tropas de Oajaca, las cuales accidentalmente quedaron al mando de Porfirio Díaz, y cubrían la vanguardia del Ejército.

Juárez había con anterioridad solicitado permiso al Congreso, para utilizar los servicios del joven coronel en más propio palenque, (dadas sus aptitudes), que la Cámara de Diputados, y á punto estaba ya de recoger los primeros frutos de tan sabia providencia.

Hallándose en Toluca el grueso de las fuerzas liberales, tuvo noticia el General González Ortega de que Márquez, acompañado del *Pretendiente* Zuloaga, había llegado á Tianguistengo al frente de un cuerpo de ejército considerable. Inmediatamente determinó atacarlo, y con tal fin ordenó la violenta salida de la brigada de Oajaca, comandada en jefe, (con motivo de una enfermedad del General Mejía), por el Coronel Porfirio Díaz. Debían estas fuerzas, que como se ha dicho formaban la vanguardia de la división, marchar al encuentro del enemigo, el cual hasta entonces había logrado burlar con buena estrategia, (excentralizando constantemente su radio de acción), los esfuerzos de sus perseguidores.

El 12 de Agosto llegó el General Márquez, con su tropa muy fatigada pero no escasa de municiones de boca y guerra, á JALATLACO, donde, á lo que parece, se creyó completamente á salvo de una sorpresa. E indudablemente todo debió haber concurrido para hacérselo creer así, pues de otra suerte no se explican los acontecimientos de la noche del 12 al 13, mucho menos tratándose de un militar tan astuto, vigilante y experto.

Está fuera de duda, sin embargo, que la columna de Díaz llegó hasta las goteras de la población, sin encontrar avanzadas ni centinelas. Los mismos panegiristas del Dictador actual, lo afirman; y por consiguiente, puede aquí aplicarse la máxima de derecho que dice: "á confesión de parte relevo de prueba." En tan favorables condiciones, esto es, sin ser sentido ni por los perros de la población, Díaz —al frente de 330 infantes y 200 caballos—se dirigió á paso veloz hacia la plaza en que se hallaba el Cuartel General de Márquez, y lo atacó con violencia, pero sin concierto; lo cual dió márgen á que el enemigo, "saliendo de su estupor," contuviera á los liberales "con un nutrido fuego de fusilería."

Por los detalles que tenemos á la vista (de escritores amigos, *incondicionales*, del Sr. Díaz), se deduce que las fuerzas del ataque fueron rechazadas en desorden (al efectuar su salida las conservadoras), y que á punto se halló

de perecer ó de ser hecho prisionero el jefe de las primeras; pues, debido al "empuje con que acometió D. Porfirio, que marchaba al frente de la columna, se encontró *casi solo* en medio de los reaccionarios;" felizmente para él, éstos, que no traían á la fortuna de su lado, no le reconocieron; y por consiguiente, ni le hicieron fuego, ni le aprehendieron ni á Márquez la oportunidad le presentaron (y el placer al mismo tiempo) de fusilarle. Pero cosa es bien sabida, que la fortuna nunca ha mirado de reojo al Caudillo oajaqueño; así es que, á decir del biógrafo de referencia, "debido á una *casualidad inexplicable*, el caballo que montaba Díaz, á los disparos de la artillería *retrocedio a la cabeza* de la columna republicana," y entonces "*hizo marchar a esta*" en medio de una lluvia de plomo, y asaltaron el atrio de la catedral, donde el enemigo se había replegado.

Aunque las fuerzas de Zuloaga y Márquez eran con mucho superiores á las que las atacaban, como el asalto se verificó entre una y dos de la mañana (del 13), y como quiera que imposible hubiera sido para Márquez y demás jefes, darse cuenta exacta de lo que acontecía, pues que la sorpresa fué tan completa como inesperada, no lograron reponerse oportunamente y mucho menos sistematizar la defensa; así es que ésta tuvo más de aparente que de real y el éxito se debió, menos que á las armas, á la sorpresa en sí misma. Las tropas atacadas creyeron, sin duda, haberlo sido por el grueso de la división de González Ortega, y temiendo más que lo que delante tenían lo que juzgaron vendría detrás, no tardaron en ponerse en desastrosa fuga, abandonando armas y bagajes. La llegada oportuna del resto de la división, completó esta victoria, cuya parte principal debióse á la intrepidez y ciego arrojo del Coronel-diputado. Fué una victoria notable de guerrillero, cuyos vicios técnicos, fundamentales, se justificaron con "la brutalidad de los hechos consumados," como dice el proloquio francés. Es obvio, que á menos de no haberse tratado de aprovechar una *entrega del momento*, Díaz nunca debió —á fuer de soldado instruído en los prolegómenos de su arte—atacar con 500 hombres una plaza custodiada y defendida por 5,000 soldados de las tres armas, máxime cuando estos iban comandados por un jefe tan temible como Márquez. Sin embargo, si Díaz (como bien pudiera ser), *creyo* el auxilio mucho más cercano de lo que en realidad venía, entonces, el triunfo de Jalatlaco debe abonarlo, á cuenta de mayor cantidad, á sus deidades protectoras. (*)

En galardón de la referida hazaña, González Ortega pidió para él el ascenso al generalato, á lo cual el Sr. Juárez, su paisano y protector, accedió gustoso, expidiéndosele por sus conductos respectivos el nombramiento de General de Brigada, con fecha 23 de Agosto de 1861.

Zuloaga y Márquez, escapados de la acción de Jalatlaco, llegaron fugitivos á la Sierra de Querétaro, donde el reaccionario Tomás Mejía, cacique de aquella región, puso á su servicio los considerables elementos de guerra con que contaba.

Leyendo meditadamente esta y muchas otras páginas de nuestra historia revolucionaria, causa maravilla, desde un punto de vista militar, lo completo, decisivo, que con frecuencia fueron derrotas y triunfos, y el poco provecho que de unas y otros se derivaba.

Un caudillo—el Presidente con frecuencia—abandonaba la Capital á la cabeza de un Ejército. Dirigíase á Puebla San Luis Potosí ó Jalisco; batía al adversario; le derrotaba por completo; se echaban á vuelo esquilas y campanas, publicaban "alcances" los periódicos; procesiones recorrían las calles, lanzando "vivas" y "mueras" hasta desgañitarse; se felicitaba á los jefes invictos y á la Nación por la victoria alcanzada; y algún presidente llegó hasta celebrar el advenimiento de la PAZ definitiva, en medio del más fervoroso entusiasmo.

Ya se comprende que las fuerzas vencedoras—y el Pre-

No se presuma falsamente, que tratamos de amenguar la gloria que al General Díaz cabe por ese hecho de armas; pero nos complacemos en poner de relieve—con curiosidad psicológica—cómo la fortuna lleva siempre de la mano á sus predestinados, semejante á una dueña, ó una hada cariñosa. Se mezcla en todos sus actos, corrije sus mayores desaciertos, palía sus vicios más graves; y, al fin, le saca á flote de todos los naufragios ó ileso de todos los desastres ¿Existe un mérito real en la grandeza humana?—La verdad es que muchos hombres son demasiado afortunados para ser grandes hombres.

sidente ó Caudillo con ellas—habían vuelto á la Capital á cosechar repiques y discursos alusivos..... Pero mientras esto acontecía en la Ciudad de los Palacios, en Puebla, San Luis, Guadalajara ó Querétaro, habían aparecido los enemigos, reforzados con la Brigada del General H....., recientemente pronunciado en X..... por el *Plan* R..... y listo á emprenderla contra sus ex-camaradas. A este pronunciamiento *inicial*, se sucedían otros y otros.—Para esta fecha, los *derrotados* habían ocupado ciudades y cobrado préstamos; y á las pocas fojas, ya les tenemos en condiciones de poderles disputar el triunfo á sus adversarios. Se han recobrado pacientemente sin ser molestados por nadie, como de una enfermedad cualquiera. La convalecencia ha sido feliz, la dieta nutritiva, así es que sólo tiempo se ha perdido.....

Mas, considerando lo expuesto, cualquiera se pregunta: ¿por qué, en lugar de regresar á Méjico la división N..... no se organizó una campaña activa de persecución contra los desbandados, batiéndoles hasta en sus últimos reductos y escondrijos. (*)—La culpa no fué siempre de nuestros generales. Vacilaban y desmedraban sus más enérgicos propósitos, en presencia de dos peligros: la infidelidad á su bandera de los militares revolucionarios, y la infidelidad de la Capital á los partidos beligerantes. Si se la dejaba débil, ó desguarnecida, su pronunciamiento era seguro; y si en ella se concentraban las fuerzas, los caudillos hacían su agosto en el resto de la República. Añádase á lo que antecede, el temor, justificadísimo, de retirarse á muy

No somos peritos militares, pero como materia de historia haremos notar, que los tácticos alemanes, y aun los mismos ingleses, censuraron más de una vez á los japoneses, por lo *unico* censurable que en su táctica encontraron, es á saber, la ineficacia en la persecución del enemigo y el nó aprovechamiento *completo* de las victorias. Así, por ejemplo, cuando el Gral. ruso Stakelberg trató de cortar la división de Okú, para desviar la presión de Nogi sobre Puerto Arturo, verificáronse entre ambos ejércitos una serie de batallas sangrientas, que culminaron en el desastre de Telissu, (del 14 y 15 de Junio) en el que los rusos perdieron más de 10,000 hombres. La victoria fué magnífica, pero nó trascendental: en 9 de Julio siguiente, los derrotados rusos oponían en Kaiping á los japoneses, una resistencia formidable; y otro tanto hicieron en Haicheng, en 3 de Agosto, y cinco días después en New Chwang,

larga distancia de esa "coqueta veleidosa que se remira en los argentinos espejos de sus lagos," y que igual hospitalidad ofrecía al barbudo babilonio que al rapado de Fenicia, y se comprenderá que, si el mismo Presidente era quien acaudillaba la campaña, procurase terminarla con la mayor rapidez posible, aunque sus frutos resultaran de utilidad dudosa; y si el vencedor era *nada mas* uno de sus caudillos, también es explicable que se encelase de la popularidad que le acarrearan sus proezas, y se apresurara á llamarle. Estos caudillos solían substituir á los Presidentes, mal de su grado, con frecuencia lamentable.—Y de esta suerte la política y la guerra caminaban ligadas, amalgamadas, fundidas, atrayéndose y repeliéndose siempre; enlazadas en abrazo estrecho—tan estrecho, que se asfixiaban la una á la otra—revolcándose desgreñadas, ensangrentadas, hasta quedar agotadas y jadeantes, en *cualquier* terreno bajo *cualquier* bandera.

Zuloaga, Márquez, Mejía y otros caudillos reaccionarios, habían logrado organizar un nuevo ejército, aumentado con el contingente del pronunciamiento de un regimiento de San Luis Potosí y otros refuerzos de menor cuantía; y como arrollo que insignificante al principio de súbito se ha convertido en desbordado torrente y á su paso va sembrando desolación y ruina, despertando á un tiempo mismo el dolor y la ira en el corazón de los labriegos; así, de las vertientes orientales de la Sierra de Querétaro, salían en número considerable (más de 5000 hombres de las tres armas), las rehechas fuerzas conservadoras, perfilando una campaña semejante á la que terminó, funesta para ellos, en San Miguel de Calpulálpam. Después de haber recorrido, barriéndolo todo á su paso, los Estados de San Luis Potosí, Querétaro, y la porción septentrional del Distrito de Pachuca, establecieron su cuartel general en la cabecera de éste, donde permanecieron amenazantes y en espectación de los movimientos de sus adversarios, que ocupaban la Capital de la República. Comandaban las fuerzas conservadoras, los generales Márquez, Mejía y Zuloaga. Los tres veteranos de las contiendas civiles y los tres se-

dientos de venganza. Los asesinos de Ocampo, Degollado y Leandro Valle, saboreaban todavía la sangre de tan ilustres víctimas.

La capital se hallaba en jaque, espectante. Zaragoza, el insigne, á la sazón Ministro de la Guerra, tomó una providencia radical, salvadora; fundada en el doble conocimiento de los hombres á su disposición y las circunstancias que le envolvían: determinó desguarnecer la plaza, mandar al General Tamaulipeco, Santiago Tapia, en quien depositaba plena confianza, no ya para atacar al enemigo, sino para destruirle; y puso á su disposición elementos reducidos, pero de primer orden. A su mando militarían los jefes oajaqueños Mejía y Porfirio Díaz. Tapia obedeció las órdenes; se excedió en la obediencia. Dividió su ejército en tres columnas, que puso al mando de Mejía, Díaz y Cázares: Díaz á la vanguardia. El encuentro de los dos ejércitos fué formidable, extendiéndose la línea de batalla desde la *Cruz de los Ciegos*, en que Márquez hizo la primer resistencia, hasta el camino de Real del Monte, donde se habían parapetado en otra eminencia las fuerzas reaccionarias, artillándola convenientemente. Se luchó nó con la "furia francesa," sino, los unos, con la gula, el hambre de la *gran presa*, casi ya al alcance de la vista; y, los otros, por la *obligacion* de vencer. Allí no hubo cobardes, todos pelearon como héroes; pero la victoria se decidió por la causa de la libertad y la Reforma.

El partido conservador moría allí; el verdadero partido conservador, *habia muerto*. Sus ídolos quedaban derribados, hechos pedazos, cubiertos de tierra. Pero, la simiente *estaba viva* y la tierra era fecunda!—De ella brotarían, en una Primavera de Sangre, los HOMBRES DE LA INTERVENSION Y DEL IMPERIO.....

Se comprende el entusiasmo qne tanto en la Capital como en el resto de la República, causó este nuevo triunfo de las Armas liberales. Se explican sin mucho esfuerzo las grandes obstinaciones políticas; pero no como la de que alarde hicieron los caudillos reaccionarios, porque nó pertenecen á nuestra época: ya no se sacrifica la libertad de los

pueblos á la venganza personal ni al credo religioso. Pudo Alcibiades, desterrado, y maldito por los sacerdotes Eumólpidas, llevar la invasión extranjera á su patria, so pretexto de castigar á sus enemigos; bien pudieron Venecia y el Papa, en el Siglo XV, llevar á Luis XII para derribar á Ludovico el Moro, indiferentes á males que no les tocaban de cerca ó no alcanzaban á apreciarlos. Tanto en la antigüedad como en la Edad Media, esto ocurría con frecuencia, ora por debilitarse y bastardearse el principio de autoridad, ora por el abuso del mismo; pero ocurría eso en tiempos bárbaros, ó sea en tiempos en que la adoración de la fuerza prevalecía aleatoria ú originalmente sobre los refinamientos del espíritu, que depuran y hacen evolucionar la idea de patria; pues no puede negarse que ésta, en el principio de las sociedades, aparece como mero instinto, instinto brutal, egoista, que se apareja a la defensa del hogar y del individuo, y sólo mucho más tarde evoluciona y se transforma en el más noble de los sentimientos.

Los conservadores, enloquecidos con la derrota, ya no vacilaron en consumar la obra de infamia principiada.—Hay ocasiones, decía Antístenes, en que es indispensable: ó volver á la razón, ó una cuerda para ahorcarnos. Los conservadores prefirieron la cuerda.....